

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón 13 de Noviembre de 1930

Núm. 396

Año IV

San Francisco de Asís

Conclusión CAPÍTULO VII Primera misión

San Francisco, que ardía en deseos de predicar la paz y las virtudes del Evangelio en las almas cristianas, salió con Fray Gil a dar misiones. Por el camino cantaba sin cesar con voz alta y sonora, y a cuantos encontraba hombres o mujeres, les saludaba diciéndoles: «El Señor os dé la paz, hermanos míos». Al pasar por las aldeas, castillos y ciudades, predicaba a las gentes con grandísimo fervor. Cuando San Francisco terminaba la plática, añadía Fray Gil: «Hermanos míos, lo que os ha dicho es la pura verdad; creedle pues, yo os aseguro que es un santo varón y que lo dice muy bien».

Las gentes quedaban asombradas ante lo que veían. Algunos los llamaban locos y borrachos, otros se asustaban por verlos vestidos de manera tan extravagante; las mujeres y los hombres y los muchachos escapaban desparavidos en cuanto llegaban. Otros discurrían más juiciosamente y decían: «No puede ser, que estos hombres sean malos, porque dicen cosas buenas y viven pobremente y con gran mortificación: comen poco, caminan descalzos y visten peor que pordioseros».

Los hombres perversos no estaban contentos porque los misioneros predicaban que tenían que hacer penitencia y, abusando de la gracia de Dios, los insultaban, se burlaban de ellos y les tiraban piedras y barro cuando los encontraban por los caminos. Algunos había que les cogían por la cuerda o por el vestido y se lo destrozaban, pero los santos varones lo sufrían todo por amor de Jesucristo.

Otros había que los llamaban ladrones y ni les daban albergue, de suerte que muchas veces tenían que pasar la noche en las cuevas, en cobertizos, o en los pórtigos de las iglesias. Algunas veces se acercaban dos hombres a la vez; uno tiraba la capucha del fraile por delante y otro por detrás, se la cogían luego los dos juntos y tiraban con todas sus fuerzas arrastrándole por el suelo como si fuera un saco y con alegría.

Los demás hermanos fueron también a misionar por otras comarcas. Por todas partes, lo mismo en las ciudades que en los caseríos de las sierras, fueron anunciando la paz y la penitencia con palabras y con ejemplos, y después de tanto predicar y tanto sufrir, volvieron a la Porciúncula y se vieron juntos otra vez con grandísimo gozo. A pesar de tantos peligros no faltaba ninguno. Dios les había protegido y a los pocos días se les juntaron otros tres varones apostólicos y santos para vivir con ellos.

CAPÍTULO VIII Piedad y mansedumbre

Viendo de misión Fray Gil y Fray Bernardo llegaron a Florencia. No tenían nada para comer y por más que

pidieron no pudieron encontrar albergue donde pasar la noche. Los dos hombres de Dios alegres y llenos de mansedumbre se retiraron a orar y permanecieron largo rato dando gracias al Señor, porque les ofrecían tan buena circunstancia de practicar la mortificación y de sufrir humillaciones.

Terminada la oración prosiguieron su camino y pasaron ante una casa que tenía un amplio cobertizo. Llamaron a la puerta y pidieron a la dueña que por amor de Dios les permitiera pasar allí la noche. Tras humildes instancias se le concedió, pero en esto llegó el marido y se molestó porque había dado tal autorización. La mujer quería darles también una manta porque hacía mucho frío, pero el marido no lo permitió.

Muy de madrugada se despidieron de los amos de la casa y con mucha hambre y mucho frío se fueron a la iglesia a oír misa. Aconteció que ya de día, fué también aquella señora a la misma iglesia y viéndolos rezar arrodillados muy devotamente pensó: «Si estos dos jóvenes fueran tan malos como dice mi marido no estarían aquí rezando con tanta devoción».

Mientras eso se decía la señora, entró un hombre llamado Guido y como tenía costumbre dió limosna a los pobres que allí había. Ofreciósele igualmente a Fray Gil y Fray Bernardo, más no la quisieron aceptar. Maravillóse Guido y les dijo: «¿No sois pobres como los otros?—Pobres somos, le respondió Fray Bernardo, pero la pobreza no es carga ninguna para nosotros, porque voluntariamente nos hemos abrazado a ella para seguir los consejos de Dios...»

Maravillado más aun el bueno de Guido, les hizo muchas preguntas con habilidad y supo que habían sido muy ricos y que habían despreciado riquezas y comodidades para ser apóstoles del Evangelio, de la paz y de la penitencia.

Todo lo había oído la señora de la víspera y con respeto les dijo: «Cristianos, si queréis volver a mi casa gustosísimo os acogeré». Pero enterado Guido de los apuros y desprecios que habían pasado les ofreció magníficamente su rica morada.

Los dos santos varones agradecieron el ofrecimiento de la señora con perfecta cortesía y humildad, y se fueron con Guido en cuya casa permanecieron algunos días con gran consuelo y edificación suya.

CAPÍTULO IX Gran ejemplaridad

Viendo las gentes que San Francisco y sus frailes se regocijaban en las tribulaciones, que perseveraban devotamente en la oración y que no echaban de menos las riquezas y las comodidades que habían abandonado, eran muchos los que se convertían y les pedían perdón por los desprecios que antes les habían hecho. Estos hombres pacificaban las ciudades y los pueblos, removían las conciencias, cambiaban los corazones, conversaban con los pájaros y da-

ban manutención a los lobos. Nada tenían y todo lo poseían.

Aunque eran pobres la caridad les daba ingenio para socorrer a los necesitados y a los miserables. A veces en las plazas, en las calles y en los caminos, les pedían los pordioseros una limosna por amor de Jesucristo, y ellos les daban una parte de sus vestidos, una manga o la capucha.

Cuando se presentaban los ricos, recibíanles asimismo gozosamente y con bondad apartábanlos de los senderos del mal y les incitaban a hacer penitencia y a dar parte de su riqueza a los pobres. Llamaban entonces a los mendigos, a los enfermos y a los miserables y juntamente con los ricos arrepentidos socorrían a cuantos se presentaban.

Para no ser gravosos a nadie, trabajaba cada cual según sus fuerzas y su habilidad. Ayudaban a los labradores a cultivar sus tierras, a recoger las mieses o los frutos y no admitían a cambio de su trabajo más que la pobre comida del día o algunas hortalizas. Todos los tenían por grandes santos.

Cuando no trabajaban con los campesinos o en alguna labor manual, visitaban las casas de los leprosos y servían a todos con humildad. Continuamente entonaban alabanzas al Señor y con lloros y gemidos pedían gracia y perdón, llevaban punzantes cilicios y ásperamente se disciplinaban. Reprimían los incentivos de la carne con tanta maceración, que varias veces o sobre matorrales de espinos, hasta regarlos con su propia sangre.

San Francisco detenía con discreción a los fervorosos extremados. Una noche, despertó a los frailes uno que gimiendo tristemente decía: «¡Me muero!» Estando todos sobresaltados, dijo San Francisco: «¡Arriba hermanos; encended la luz!—¿Quién es el que dice que se muere?—Yo, respondió uno». San Francisco le dijo: «¿Qué necesitas, hermano, de qué te mueres?» A lo cual contestó el pobre: «De hambre me muero».

Era en aquel tiempo en que algunos frailes castigaban con demasía su cuerpo con ayunos y penitencias. Inmediatamente mandó preparar la comida y como el fraile hambriento pudiera tener vergüenza de comer solo, dispuso que todos se sentaran y comieran con él. Terminada la comida les dijo el Santo: «Queridos hermanos, de verdad os digo que cada cual debe atender a su propia naturaleza. Algunos de vosotros puede sustentarse con pocos alimentos, otros en cambio, necesitan comer más. Nadie está obligado a imitar a los que comen poco, sino que todos han de dar al cuerpo lo que sea necesario para que sirva con diligencia al espíritu. Además que el señor quiere misericordia y no sacrificio...»

Otra vez viendo a un fraile enfermo y muy decaído de fuerzas se dijo: «Si este mi hermano comiese de mañana unas buenas uvas maduras, de seguro que le sentarían bien». Al día siguiente, de madrugada, tomándole de bracte fueron a una viña, y sentados los dos

se puso a comer con el enfermo, para que no se avergonzara de comerlas solo. Y las uvas le hicieron mucho bien y ambos alabaron a Dios con trovas amorosas. Mientras vivió no se olvidó aquel fraile de la misericordia y piedad de San Francisco, y siempre que contaba el suceso a otros frailes, derramaba abundantes lágrimas de ternura recordando tanta compasión y tanto amor.

F. D. T.

De cómo Luis amó la paz

Tenía Luisín nueve años y era un hermoso niño de blonda y rizada cabellera, ojos azules, rasgados y vivaces, e inteligencia tan despierta que causaba la admiración de sus maestros y compañeros de colegio; uniendo a estas cualidades una tal afabilidad de carácter, que le granjeaba las generales simpatías.

Siempre en los exámenes que preceden a las vacaciones veraniegas, obtenía Luisín lauros y premios; que él guardaba cuidadosamente en casa como trofeos queridísimos conquistados con el esfuerzo de su aplicación y con los cuales iba formando un pequeño museo escolar, que de cuando en vez repasaba para estimularse en el estudio.

Y sucedió una vez que estos lauros y premios fueron tantos y tales, que el papá de Luisín quiso demostrar a su hijo el gusto con que veía la aplicación de éste, y le regaló una gran caja de soldaditos de plomo.

¡Cuánto alegró al niño el regalo de su papá! ¡Qué hermosura de soldaditos! ¡Qué preciosos resultaban con sus gayos uniformes!

Pidió Luisín permiso a sus papás para invitar a sus amiguillos a que viniesen a jugar con los soldados, y el permiso le fué concedido.

Sobre la alfombra, tendidos; formaron los niños a los soldaditos en vistosas filas y con ellos simulaban fantásticas batallas y lucidas revistas marciales. ¡Cuánto se divertieron!

A poco de acostarse Luisín aquella noche dormía profundamente; pero su sueño no era del todo tranquilo a juzgar por los continuos movimientos del niño en la cama, y tan pronto como amaneció el nuevo día se despertó y corrió al gabinete donde el día anterior quedaron abandonados los soldaditos de plomo, que recogió y guardó con gran mimo en la caja.

Con ella bajo el brazo marchó el niño en busca de su padre, y cuando lo hubo encontrado, entregándole la caja exclamó:

—Toma, papá. No quiero más soldados; yo quiero jugar con ellos.

—¿Por qué, querido niño?—preguntó el padre.

—Mira, papá: no quiero jugar a los soldados porque anoche soñé con una gran batalla y me asusté mucho. Allí vi cómo los soldados caían heridos y escuché sus ayes lastimeros: vi también cómo otros eran horriblemente destrozados por la metralla, y desde entonces odio la guerra y amo la paz. Cuando yo sea mayor y sepa mucho escribiré libros y artículos, predicando a los hombres la paz, y ellos me escucharán y no habrá más guerras en las que sucumban los hombres, que son todos hermanos nuestros.

El papá de Luisín cogió entre sus manos la blonda cabecita del niño y estampó en su frente, en aquella frente tras la que germinó en buena hora el amor a la paz, un beso efusivo, y por sus mejillas resbalaron dos lágrimas de alegría.

¡Niños, sed todos buenos como Luisín! ¡Amad la paz, y cuando seáis hombres predicadla sin descanso entre los demás hombres!

JOSÉ GONZÁLEZ

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas — Cuentos — Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

Como hay que despertar

Muchas personas acostumbran a echarse de la cama al suelo tan pronto como se despiertan, a fin de que el sueño no las rinda de nuevo. Esta es una mala costumbre, pues mientras se está durmiendo todos los órganos descansan, la vitalidad disminuye y la circulación es más débil y un salto brusco fuera de la cama representa una violenta sacudida para todo el organismo, especialmente para el corazón.

Nada tan saludable como despertar poco a poco, a fin de que los órganos vayan recobrando gradualmente su actividad. La Naturaleza misma nos enseña este procedimiento.

Cuando un niño se despierta, estira los brazos y las piernas, se frota los ojos y bosteza repetidas veces antes de levantarse.

Un gato—Pillongo, por ejemplo—hace exactamente lo mismo: se estira, encorva el lomo, se frota la cara y pasa un buen rato antes de que entre en actividad. Si pasamos a las aves, nadie ha visto jamás que echen a volar apenas abren los ojos. Siempre estiran antes las alas y las patas.

La caza de alimañas

—¡Ay, Abuelito! ¡Vengo más asustado!...
—¿Y eso, por qué?...
—Porque en el portal del Ayuntamiento he visto un lobo... ¡así!... y comparaba con la dormilona de mimbre en que el abuelo echa sus siestecitas—y una zorra con un rabo muy largo y muy peludo!...
—¿Y cómo sabes tú que eran una zorra y un obo?...
—Porque nos lo ha dicho el señor secretario.
—¿Y cómo estaban allí esos animaluchos?...
—Porque supongo que por sus pies no habrán ido?...
—No, no... por sus pies no, porque están muertos. Dicen que esta noche pasada los ha cazado el Tío Corambre en el pedregal del bosque de las Amarillas, dándoles un balazo a cada uno. ¿No quieres ir a verlos, Abuelito?
—¡No, hijo, no! Sé de sobra lo que es esa especie de caza y el Tío Corambre se ha hecho merecedor de un premio, porque esas alimañas son el terror del ganado y de la caza, y si no se las extermina acabarían por multiplicarse y hacernos la vida imposible.
—Son muy malas esas fieras, ¿verdad, Abuelito?
—Sí hijo mío sí... ¡Y eso que tú has visto me trae a la memoria el recuerdo de un compañero mío, que cuando volvimos del servicio militar se dedicó a alimañero y no vivía de otra cosa, pues la autoridad le pagaba para que exterminara los animaluchos que infestaban los bosques de los Nabdros. Se llamaba Colasón, y era un hombre extraordinario.

—¿Qué hacía, Abuelito?... Cuéntamelo, ¿quieres?...
—Pues verás: Colasón era un hombre que tenía una naturaleza de bronce, era listo como una ardilla y poseía una paciencia extraordinaria y una resistencia colosal. Sin esas cualidades no hubiese alcanzado la justa fama que logró en aquellos tiempos.

«Era alto, seco de carnes, de mirada viva y penetrante, calzaba burdas abarcas, y ceñía el pantalón de pana a su cintura una faja, entre cuyas vueltas metía una pistola de dos cañones, una navaja, varias cuerdas y los apachusques y el pedernal para encender la pipa, y llevaba a la espalda un zurrón a guisa de mochila, en la que guardaba un gran pedazo de tocino magro, algunos trozos de pan y cebollas, cuando era tiempo de ellas, y a falta de cebollas, se atracaba de frutas.

«Como único abrigo, una burda bufanda le lana rodeaba su cuello en invierno.

«Era un hombre especial y para la caza de alimañas se valía de procedimientos sólo de él conocidos, pero de resultados maravillosos, pues hubo inviernos que llegó a cobrar hasta tres docenas de lobos, y no de los pequeños, y media docena de águilas.

«Las zorras que mataba se contaban por centenares, y la piel de ellas le producía una utilidad no pequeña, pues se las compraban a buen precio para mandarlas curtir.

«Cuando un águila se cernía en el espacio imitaba tan a la perfección el chillido del conejo mientras él se ocultaba entre las breñas y las matas, que al poco rato atraía a la terrible ave de rapaña hasta una distancia relativamente corta.

«Cuando este reclamo no bastaba, empezaba a cacarear como las gallinas con tal perfección, que no había águila que se resistiera, y en cuanto la tenía a tiro, la mataba.

«Y no tenía miedo de que le hicieran daño esos bichos peligrosos, Abuelito?

—No, hijo mío, porque era un tirador tan certero que jamás erró un tiro. Su pulso como su serenidad, eran prodigiosos.

«Un día se empeñó en que le acompañara a una de sus cacerías. Se trataba de exterminar dos lobos que habían llegado hasta la Nestosa y habían sembrado el pánico en la comarca.

«El campo estaba lleno de nieve, y al llegar a cierto paraje, vimos impresas en ella las huellas de las dos fieras, y un rastro de sangre que seguía el mismo trazado.

«Al llegar a los acantilados, en uno de los cepos que la noche anterior había colocado el cazador, hallamos un pequeño zorro sujeto de una pata.

«En el recodo del acantilado, a poca distancia, vimos el cuerpo medio destrozado de una oveja, y múltiples pisadas alrededor.

«Allí acababan las muchas de sangre que nos habían guiado.

«Al lado se veía la boca de una angosta cueva, por la que sin duda habían desaparecido los dos lobos.

«Dió él vuelta a la roca; mientras que yo, con la escopeta preparada, estuve esperando junto a la boca del cado; dispuesto a hacer fuego si aparecían las fieras.

«La madriquera, el cubil, mejor dicho, no tenía otra entrada.

«Penetrar en él era imposible, pues su boca era muy angosta.

«Entonces sacó de su mochila un cartucho de dinamita, y atándolo al rabo del pequeño zorro que hallamos poco antes en el cepo, le prendió fuego, y obligó al zorrillo a penetrar en la madriquera, mientras nosotros nos retiramos a prudente distancia.

«Una terrible explosión se dejó oír; volaron los peñascos por el aire y vimos en aquella oque-

dad dos grandes lobos destrozados casi, y hasta cinco lobeznos que habían muerto a consecuencia de la explosión.

«El Ayuntamiento de la Nestosa regaló a mi amigo mil pesetas por el éxito de su excursión cinegética que libró a aquellos labradores de un peligro constante.

—Lo de la dinamita fué muy ingenioso, ¿no te parece, Abuelito?

—Y definitivo.

—Y... ¿qué más?

—Que terminamos la caza sin más incidentes, y que yo voy a felicitar a Tío Corambre por lo que ha hecho, y a darle cinco duros, que bien lo merece.

EL ABUELO

LOS NIÑOS

Que el educar a los hijos es muy difícil problema, es cosa que se le alcanza al más duro de mollera, y tratándose de madres es aún más árdua tarea.

Por eso, al mirar que algunas, para calmar la rabieta de un pequeñín, danle azotes, con lo que su llanto aumenta, viendo como se equivocan, me da ira, y me da pena, porque el castigo es injusto, y los chicos se dan cuenta de ello, aunque no lo razonan, y va en aumento su rera. Vale más no hacerles caso, y dejar que la rabieta se les pase, y es para ello recurso, la indiferencia.

¿Quién no ha visto a un muchachito que, mientras juega, tropieza y cae, y si no le miran, si no hay quien le compadezca, se levanta tan campante sin llorar, más... si le observan y corren a levantarlo. vierte lágrimas sin tregua, grita como un energúmeno, y amargamente se queja por un mal imaginario, pues no hay nada que le duela.

Si un chiquitín se enfurruña y llora, y coge una perra, acállenle sin golpearle y atiéndase a lo que sea, sin extremos ni aspavientos, con fingida indiferencia, y acabará por callarse ese muñeco... o muñeca, que es el amo de la casa, aunque muchos no lo crean.

AMANDA

Lo que todos debiéramos saber

—Dos personas jugando al dominó durante diez horas al día, y haciendo cuatro jugadas por minuto, pasarían ciento diez y ocho mil años acabando con todas las combinaciones que el juego tiene y que alcanzan a la respetable cifra de 24.852.811.840.

—Las convulsiones constituyen una de las enfermedades más comunes en los canarios, inducidas por la alimentación exagerada o impropia. Debe darse a los canarios simientes mezcladas y no una sola. Su ración debe consistir en cuatro partes de nabos dulces, dos de mijo, una de cualquier otra simiente, pero nunca de mamonas, porque les engorda mucho, les estropea la voz y hace que muden antes de tiempo. Debe dárseles bizcochos ni azúcar, sino de un huevo duro, con un poco de pimienta de yena, la escarola les laxa, como la fruta.

Refranes antiguos

Las mentiras son como las cerezas: tiras una y siguen dos docenas.

Díos ciega a los que quiere perder.

Quien mucho abarca poco aprieta.

Quien piensa mucho las cosas, raramente equivoca.

Quien no atiende su hacienda, que la vendan.

Quien yerra y se enmienda, se engrandace.

Quien te adula siempre, siempre te engaña.

SALDO DE CHISTES MALOS

En un restaurant:
El comensal.—Pero hombre, hace una hora que pedí me 'to pollo y aún no me lo han servido.

El camarero.—Sí, señor; pero estoy esperando a que otro parroquiano pida otro medio. ¿Cómo quiere usted que maté medio pollo?

Examen de Historia:
Profesor.—¿Cuántas guerras sostuvo España en el siglo XVI?

Alumno.—Siete.

Profesor.—¿Quiere usted enumerarlas?

Alumno.—Con mucho gusto: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

FOLIETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(90)

XXIV

Lo que escribe María Victoria

Inolvidable D^a Luz: He tardado mucho en contestar a tus últimas cartas y me explico perfectamente los motivos de tu zozobra y de tu indignación. Podía haber inventado mil excusas para justificar este abandono, pero como ello sería un pecado de lesa amistad que agravaría mis culpas, prefiero decir las cosas como son y mucho más tratándose de tí, para quien no tengo secretos.

He tardado tanto en escribirte porque desde que vino Gonzalo Estrada, noticia que debiste conocer por una carta mía llena de pesimismo, he pasado por situaciones especiales, por estados de ánimo contradictorios, por crisis internas sofocadas estóicamente

que me han apartado y aislado de todo cuanto no tuviese relación con él. Puede decirse que he vivido sin vivir en mí; porque toda la actividad de mi espíritu se concentraba en aquel otro espíritu, y hacia él iba o me alejaba como esas 'locas mariposas' que enamoras de la luz huyen y vuelven a cada momento.

He sufrido también. Mucho... Y ha sido este sufrimiento un dolor estóico, hermético, contenido, sin el consuelo de una dulce, de una leal amistad que recogiera amorosamente mis lágrimas y mis confidencias y endulzara con sus consejos las horas del desaliento y la vacilación.

Todo tiene fin en esta vida y se acabaron aquellos padecimientos que tenían enfermo y desasosegado a mi corazón hambriento de cariño; aquellas torturas, aquellas intranquilidades, son desde anoche alegres repiques de campanas que tocan a gloria, sueños bellísimos de felicidad, una nueva vida que me llena de gozo.

¡Alégrate, querida maestrín!... El sueño de María Victoria se ha realizado logrando vencer las aprensiones y los perjuicios de un hombre con la

fuerza arrolladora del amor que cuando es firme y es leal, se ríe por fin de todos los inconvenientes.

Anoche, se me declaró Gonzalo Estrada. Aún me dura la emoción de aquel sublime momento que nunca olvidaré y aún me suenan en los oídos como una música deliciosísima aquellas elocuentes y concisas palabras.

—Te adoro, María Victoria.
No quiero describirte la escena porque, en mi alegría, me falta la expresión y apenas puedo hilvanar estos renglones. He conquistado el camino que elegí y doy al Señor rendidas gracias por este triunfo del amor sobre las conveniencias y pequeñeces humanas.

La señora viuda de Estrada, mi futura suegra, sabedora ya del paso decisivo realizado por su hijo, me ha manifestado esta mañana su más viva satisfacción y el honor que, según ella, le hago aceptándole por esposo.

Ya ves que me reciben con honores reales: los del amor sentido y verdadero.

Me hubiese marchado a Madrid, hoy mismo, pero como doña Mercedes ha puesto el grito en el cielo re-

belándose contra los formulismos exagerados de nuestro mundo y no ha querido atender razones, he tenido que aplazar mi regreso una semana más. Por mi parte no lo siento; estoy aquí muy a gusto y ofrezco la huerta un aspecto maravilloso con sus deslumbradores cañamares que da pena tenerse que ir. Pero es preciso que me vaya ya por escrúpulos de delicadeza primero, por hacer preparativos en segundo lugar y para trasladarme a ese delicioso castillo más tarde, huyendo del calor que comienza a barruntarse cerca. ¡Cuántas cosas te contaré entonces, sentada entre las macetas de tu jardincillo, en esa escuela tuya que no puedo olvidar!... ¡Si vieras la de aquí!...

Ya no es aquella que te describí tan fea y tan mala; pudiérase decir que tan horrible, incapaz de levantar el ánimo para un trabajo que tantos tónicos requiere; tampoco es como la tuya blanca mariposa de alas muy grandes entre los perfumes de la pomarada y la grata sombra de los castaños... Es una especie de término medio. Una casa grande que sirve de escuela y de vivienda para la profesora,

pero tan rica de luz, tan espaciosa tan bien orientada, que es un gozo entrar en sus salas y ver reunidas a las pequeñuelas con doña Salud que no sabe cómo agradecer a la viuda de Estrada la generosa cesión de este edificio que hasta ahora había servido de granero y pajar, y que, tengo para mí, ha de ser destinado definitivamente a la enseñanza, según una expresión bastante elocuente que le oí a doña Mercedes, adoradora también de la misión escolar desde que conoce por mí su singular y extraordinaria alteza. Sin de liberados propósitos estoy resultando una misionera de la educación infantil y como veo que la suerte me va favoreciendo bastante, seguiré mi modestísima labor, oculta y silenciosa, de la charla amiga y familiar, quizá más utilitaria y más práctica, en mi modo de ver, que recurriendo a la exhibición de sonoras y pompasas conferencias.

Este triunfo me satisface mucho porque puede tener resonancia en esta comarca, donde el buen ejemplo de los grandes es siempre contagioso y eficaz. Dios haga que sea así, para que los pobres niños de caritas tosta-